

# Las mujeres sudafricanas y su experiencia en los primeros campos de concentración del siglo XX. El reporte Hobhouse

## *South African women and their experience in the first concentration camps of the twentieth century. The Hobhouse report*

por Eleonora Ardanaz\* y Virginia Lazzari\*\*

Recibido: 31/8/2018 - Aprobado: 22/11/2018



### Resumen

La última guerra anglo-bóer despertó severas críticas en todo el imperio británico. De hecho, se crearon numerosos comités de rechazo a la misma que no gozaron de una gran acogida por el público general.

El giro en la opinión pública se daría con las primeras noticias sobre las crueldades que los militares británicos realizaban en las zonas de ocupación. Uno de los principales informes fue el elaborado por una conocida militante social y feminista, Emily Hobhouse (1860-1926), quien dio a conocer a la opinión pública los detalles de las extremas condiciones de vida de mujeres y niños bóeres, en los más de sesenta campos de concentración en los que fueron encerrados. Como testigo directo, elaboró un texto que generó no solo la conformación de una comisión gubernamental que interviniera en el tema sino el agradecimiento del pueblo sudafricano, que le rindió una serie de homenajes y honores.

\* Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.

\*\* Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.



Este artículo busca analizar la perspectiva que sobre esta contienda tuvo una militante pacifista, que participó ampliamente en el movimiento por los derechos de las mujeres en Inglaterra, y elaboró uno de los primeros informes sobre cuestiones humanitarias, vinculado a los primeros campos de concentración del siglo.

**Palabras Clave:** feminismo inglés, informe, guerra Anglo Bóer, campos de concentración, imperialismo.

### Abstract

The last Anglo-Boer war aroused severe criticism throughout the British Empire. In fact, numerous committees the rejection of it were created that did not enjoy a great reception by the general public. The turn in public opinion would occur with the first news about the cruelties that the British military carried out in the zones of occupation. One of the main reports was the one elaborated by a well-known social and feminist militant, Emily Hobhouse (1860-1926), who made public the details of the extreme living conditions of women and children of Boer, in more than sixty concentration camps in which they were imprisoned. As a direct witness, he produced a text that generated not only the conformation of a governmental commission that intervened in the subject but the gratitude of the South African people, who gave him a series of tributes and honors. This article seeks to analyze the perspective that a pacifist militant had on this struggle, who participated extensively in the movement for women's rights in England and drew up one of the first reports on humanitarian issues, linked to the first concentration camps of the century.

**Key words:** English feminism, report, Anglo Boer war, concentration camps, imperialism.



## Introducción

La última guerra anglo-bóer, que transcurre entre octubre de 1899 y mayo de 1902, enfrenta al imperio británico con los bóeres o afrikáners del Estado libre de Orange y el Transvaal (colonos de origen holandés) en una lucha por el control de territorios donde recientemente se había descubierto oro (1886) y diamantes (1867). Se la cataloga como “la primera guerra moderna”<sup>1</sup> no solo porque desde lo estrictamente militar se utiliza armamento de largo alcance, trincheras, reconocimiento aéreo, apoyo logístico de las vías férreas y el número de víctimas civiles fue de grandes dimensiones –por lo que anticipa muchas de las características de la Gran Guerra-, sino porque también recibió una amplia cobertura de la prensa masiva en plena expansión. Mucho más prolongada de lo previsto y con costos monetarios y en vidas humanas, puso en evidencia la incapacidad de los casacas rojas<sup>2</sup> para lidiar con lo que suponían una horda de granjeros-jinetes, sin formación alguna y mal pertrechados que, en el último tramo del conflicto, despliegan una estrategia de guerra de guerrillas que desgasta al invasor. Se despiertan, así severas críticas en todo el imperio británico en torno a la legitimidad del imperialismo y la moralidad de sus medios, la cuestión de los nativos, los derechos y roles de las mujeres y otras minorías.

<sup>1</sup> Boehmer, E., (1999), “A War of White Savages, and Other Stories: Introduction” en *Kunapipi. Journal of Post-colonial Writing*, vol.21, (3), University of Wollongong, Australia, pp. vii-xiv.

<sup>2</sup> Algunas cifras pueden iluminar las dimensiones del conflicto: las tropas británicas, que inicialmente ascendían a 75.000, totalizaron 450.000, con contingentes llegados de todos los puntos del imperio, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la India, además de registrarse el servicio adicional de unos 14.000 nativos africanos para tareas de acarreo de armas, alimentos y monturas. Cfr. Morgan, K., (2002), “The Boer War and the Media (1899-1902)” en *Twentieth Century British History*, vol.13, (1), Oxford, Oxford University Press, pp. 1-16.

Acusados de antipatriotas, los que levantan sus voces en contra de la contienda no buscan la derrota de Gran Bretaña sino el cuestionamiento a ciertos preceptos que acompañan al imperialismo. La aversión al espíritu bélico y la defensa de los derechos de las naciones débiles forman parte del corpus victoriano y les sirven de argumento. Si bien la categoría “pro-bóer”<sup>3</sup> se relaciona con el centro y la izquierda política, hubo otras fuerzas que también se identificaron bajo ese rótulo: liberales, conservadores, los que peleaban por la independencia de Irlanda, los pacifistas, los anti imperialistas. De hecho, se crean numerosos comités que no gozan, en un principio, de una gran acogida por el gran público al ser percibidos como traidores a la patria. Hall y Rose<sup>4</sup> analizan este clima de fervor imperialista como una respuesta al desafío que enfrenta Inglaterra a su supremacía en la expansión colonial, proveniente de los nuevos Estados industrializados y económicamente sólidos de Europa. El espíritu del período -exaltado y amplificado por la nueva prensa popular, barata y de gran tirada, como el Daily Mail- está imbuido de un ethos militarista muy importante y de un profundo orgullo por la idea del imperio, de masiva adhesión, lo que explica la proliferación de múltiples organizaciones patrióticas, como actos de violencia e intolerancia, sobre todo luego de la derrota en la primera de las guerras Anglo Bóer.

El giro en la opinión pública es favorecido por la aparición de las primeras noticias sobre las crueldades que los militares británicos realizan en las zonas de ocupación. El primero de estos informes es el elaborado por la conocida militante social Emily Hobhouse (1860-1926), quien da a conocer los detalles de las extremas condiciones de vida de mujeres y niños en los más de sesenta campos de concentración en los que son encerrados.

<sup>3</sup> Esta forma de denominarlos es dada por los que apoyan y justifican la guerra y, en general, es rechazada por todos los que se sentían y actúan en contra de la misma.

<sup>4</sup> Hall, C. y Rose, S. (2006). *At home with the Empire*. Cambridge University Press.



Hobhouse es una mujer que proviene de los sectores medios, educada, que se compromete con causas caritativas y filantrópicas diversas hasta que, a finales del siglo XIX, se vuelve una militante por la emancipación de las mujeres y sufragista, si bien se distancia con respecto a la vertiente más radicalizada; comienza a trabajar en consejos de mujeres investigando y elaborando informes sobre problemáticas que afectan específicamente a las trabajadoras. Ante la irrupción de la guerra Anglo-Bóer, es nombrada secretaria de la rama femenina del Comité de Reconciliación Sudafricana (South Africa Reconciliation Committee), fundado en 1899 para combatir el patriotismo extremo (conocido como jingoísmo<sup>5</sup>) que amenaza la existencia de otras naciones<sup>6</sup>. En ese marco, organiza diversas manifestaciones en contra de la contienda y funda el South African Women and Children Distress Fund para reunir ayuda para las víctimas de la misma.

A raíz de esta militancia, viaja a la zona de guerra, visita seis campos de concentración para población bóer, observa el trato dado por la autoridad británica, reparte ropa y alimentos y el resultado de esta experiencia se plasma en diversos escritos, realizados durante todo el resto de su vida.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Krebs diferencia los conceptos de patriotismo y jingoísmo. El primero es visto, comúnmente, como el "...virtuoso apoyo de las clases medias al país de uno ante la oposición de otro" y el segundo refiere a "un entusiasmo en favor del imperio por parte de las clases trabajadoras...El jingoísmo es un concepto con una inflexión de clase". Krebs, P. (1999). *Gender, race and the Writing of Empire. Public discourse and the Boer War*. UK: Cambridge University press, p. 10.

<sup>6</sup> Midgley señala que durante este conflicto las manifestaciones de mujeres cobran un gran dinamismo debido a que es más esperable que ellas protesten en favor de la paz - en su calidad de madres protectoras- a que lo hagan los hombres, pues estos son inmediatamente calificados de "traidores". Midgley, C. (2006). "Bringing the Empire Home: women activist in imperial Britain, 1790-1930" en Hall, C. y Rose, S. *At Home with the Empire, op. cit.*, p. 230-250. Por su parte, Nym Mayhall adhiere a la tesis de que el conflicto, en lugar de imponer un receso en las actividades de las mujeres, supuso una experiencia que potencia al movimiento, al redefinir la justicia de sus reclamos: se trata de una ciudadanía basada en los servicios que las mujeres adultas pueden ofrecer a su nación. Nym Mayhall, L. (2003). *The Millitant Suffrage Movement. Citizenship and Resistance in Britain, 1860-1930*. New York: Oxford University Press.

<sup>7</sup> Su condición de mujer y soltera pesa a la hora de ser elegida para ir a la zona de conflicto. Este no va a ser su único viaje a Sudáfrica: en 1903 vuelve para dedicarse a



Uno de ellos es un informe que elabora en tanto testigo presencial, que será el disparador necesario para que el gobierno británico nombre una comisión que intervenga en el tema y revierta la lamentable crisis humanitaria provocada. Con ella el territorio sudafricano entra por primera vez a la escena internacional como tema de derechos humanos. Muchos años después, el pueblo sudafricano le rinde una serie de honores y homenajes por ello y Gandhi escribe sobre ella:

Trabajó sin pensar jamás en una recompensa. El suyo era un servicio a la humanidad (...) Amaba a su país y porque lo amaba no podía tolerar ninguna injusticia hecha por él. Fue a Sudáfrica y toda su alma se alzó contra los campos de concentración que Lord Kitchener pensaba necesarios si la guerra debía ganarse. Fue encarcelada y enviada de vuelta. Lo encaró todo con el coraje de una verdadera heroína<sup>8</sup>

A pesar de lo antedicho, y sin desconocer sus méritos, su defensa de la población de los campos de concentración encuentra sus límites en su condición de clase y el europeísmo que subyace a su pensamiento pues nada dice sobre las víctimas de color, cuyas condiciones en los campos habilitados para ellas eran aún peores que las de los blancos y de los que se conoce mucho menos. De esta forma, este artículo analiza la perspectiva que sobre esta guerra tiene una militante pacifista, que participa ampliamente en el movimiento por los derechos de las mujeres en Inglaterra y elabora uno de los primeros informes sobre cuestiones humanitarias, vinculadas a los campos de concentración sudafricanos. A través de sus palabras, se busca develar qué imágenes y roles femeninos resalta o considera naturales en sus congéneres Bóeres.

diversos trabajos de organización de talleres de costura y escuelas industriales que alivien la situación de la población. Durante la Primera Guerra Mundial, continúa trabajando entre las filas de las mujeres que abogan por la paz y luego, con los refugiados, los civiles afectados y los prisioneros de guerra, mostrando una línea de coherencia a lo largo de su vida.

<sup>8</sup> Cit. en Seibold, B., (2011), *Emily Hobhouse and the Reports on the concentration camps during the Boer War (1899-1902). Two different Perspectives*, Suttgart, Germany, p. 18.



## La voz de las mujeres y los niños bóeres

La primera de las obras de E. Hobhouse es *The Brunt of the War and Where it Fell*, de 1902 y constituye el centro de nuestro análisis. Está estructurada en tres partes que contienen entre dos y tres capítulos cada una y, con ella, la autora pretende reconstruir –a través de distintos materiales recopilados- la experiencia de la población de colonos refugiada en los campos de concentración establecidos por los británicos en territorio de las dos repúblicas independientes, la del Transvaal y el Estado Libre de Orange, en su avanzada por el control del territorio.

Esta “zona de contacto”<sup>9</sup> presenta la particularidad de ser un espacio conformado por capas de dominaciones y una gran variedad de etnias y religiones. Los nativos africanos de la región –fundamentalmente los san o “bushmen” al norte, y los xhosas, llamados “cafres” en forma despectiva por los colonos, y los hotentotes, al este- fueron sometidos primero por los granjeros descendientes de holandeses que, desde 1652 se habían asentado tomando como base Ciudad de El Cabo, en una larga historia de imposición del trabajo esclavo en las granjas, de resistencia y de eliminación<sup>10</sup>. A estos se le superponen los esclavos musulmanes traídos de otras zonas del imperio holandés, como malayos e indonesios. Desde el siglo XVIII se da la puja entre los bóeres y los británicos que, ansiosos por

<sup>9</sup> Definida por Pratt como “... espacios sociales donde culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo dentro de relaciones sociales altamente asimétricas de dominación y subordinación, tales como el colonialismo, la esclavitud, o sus consecuencias como se viven en el mundo de hoy”. “El término contacto”, aclara, “pone en primer plano las dimensiones interactivas e imprevistas de los encuentros coloniales, tan fácilmente dejadas de lado o hasta suprimidas por los relatos de conquista y dominación centrados desde el punto de vista del invasor”. Pratt, M. (2011). *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bs. As.: F.C.E, p. 34.

<sup>10</sup> Gott narra la aplicación de una serie de expediciones punitivas por parte de los bóeres sobre los sans y los xhosas y la utilización de los hotentotes como esclavos o soldados mercenarios. En marzo de 1975 se creó un regimiento hotentote, que luego quedó bajo las órdenes británicas. Gott, R. (2014). *El Imperio Británico. Resistencia, Represión y Rebeliones. El otro lado de la Historia*. Bs. As.: Capital Intelectual, p. 153.



expandir su imperio en plenas guerras napoleónicas, contaron con la colaboración de los nativos, lo que desagradó profundamente a los bóeres fomentando la hostilidad de base racial. Una importante población de trabajadores británicos se establece, fundamentalmente, en las zonas mineras y varias decenas de miles de indios –formalmente ciudadanos británicos, aunque discriminados cotidianamente en los derechos más básicos– se asientan para realizar los trabajos más duros. Las tensiones de base étnica tienen en esta zona una larga e intrincada trayectoria.

La obra de Hobhouse se abre con la reproducción de algunos artículos de la Convención de La Haya, de 1907, encargada de definir los derechos de guerra modernos y el concepto de “población civil”, sobre el que volveremos pues es el núcleo en torno al que gira toda la narración de la autora. En relación al comportamiento hacia los no combatientes durante cualquier conflicto bélico, ésta prohíbe claramente algunas de las transgresiones constatadas, como el pillaje, presiones a la población para que actúe en contra de su propio país, la imposición de penas colectivas ante actos de individuos aislados, entre otras; asimismo, determina el respeto a la libertad, la propiedad y las convicciones religiosas. El Manual de la Ley Militar, de 1899 –algunos de cuyos pasajes también se reproducen– establece que se entiende por actos de crueldad innecesarios en relación a la población civil aquellos basados en “... *el barbarismo gratuito, como cualquier descripción de insulto y crueldad, que solo sirven para exasperar los sufrimientos o incrementar el odio del enemigo sin debilitarlo ni tender a su derrota.*”<sup>11</sup>

El primer capítulo, “Homes Destroyed”, constituye una selección de despachos, proclamas y partes oficiales cruzados entre los mandos bóeres y británicos y cartas de soldados que –a pesar de la censura de la correspon-

<sup>11</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*. London: Methuen & Co, p.XII.





dencia, que aún no se realiza de la forma eficiente y general que alcanzará durante la Primera Guerra- dan cuenta de los hechos de violencia perpetrados sobre la población civil. Específicamente, se enumeran el saqueo y quema de granjas, cosechas, ganado y hogares de los colonos, atrapados entre el fuego de unos y otros contendientes. Se trata de una campaña sistemática iniciada por la autoridad británica, a cargo de Lord Roberts al inicio del conflicto. Según datos publicados en la prensa británica, unas quinientas granjas son quemadas solo en la zona sur del estado Libre de Orange; en el 90% de los casos sus propietarios están ausentes por hallarse en el frente de batalla.

El segundo capítulo, titulado “Las mujeres en 1900”, indaga en las experiencias de lo que la autora cataloga como la porción de la población que más sufrió la guerra: las mujeres y los niños. De hecho, la obra entera está dedicada a las mujeres de Sudáfrica, por *“su resignación en la pérdida, la independencia bajo la coerción, la dignidad en la humillación, la paciencia en la pena y la tranquilidad en medio de la muerte.”*<sup>12</sup>

Los múltiples testimonios -extraídos de la correspondencia privada de mujeres, algunos de ellos reproducidos por la prensa- dan cuenta del modo en que la autoridad británica opera en los territorios que conquista, resaltando el uso de la fuerza que se utiliza para desplazar a los colonos de sus propiedades y trasladarlos a los campos de refugiados creados, sobre la marcha, para alojarlos.

Dado que los hombres estaban luchando, en las granjas solo quedan mujeres y niños que, sin dinero ni ropa, son requisados, desalojados y enviados deportados -vía tren o carros- a grandes ciudades, como Ciudad del cabo, Natal o Durban, donde se las conduce a hoteles y casas de pensión que deben ser costeados por ellas mismas, o eran dejadas libradas a

<sup>12</sup> *Ibíd.*, prefacio.



la caridad de las comunidades de creyentes: *“Es tan atroz ver soldados con las bayoneta calada haciéndoles la guardia a mujeres indefensas, con niños... pero una no debe decir muchas cosas...”* se quejaba una de ellas.<sup>13</sup> Los traslados de gente hacinada, donde algunos mueren sin que los demás siquiera lo noten, constituyen una constante en los relatos de violencia de guerra durante el siglo XX. Se repiten las experiencias traumáticas de aquellas mujeres que se enfrentan a la falta de información y la incertidumbre al ser arrancadas de sus hogares por la noche, la soledad y la intemperie, resaltando su sentimiento de profunda vulnerabilidad; *“Tomaron todos nuestros restantes caballos, ganado y otras cosas, justo cuando íbamos a ir a reunir las ovejas. Les pedí que nos dejaran al menos una vaca. Su respuesta fue ‘No, ni una’.”*<sup>14</sup> La requisita de granos y comida se repite en los relatos, angustiantes en los casos en que había niños, despojados de pan y leche. *“Recurrí a los ingleses por comida”* cuenta Mrs. Murray *“pero me dijeron que no podían hacer nada”*.<sup>15</sup> En varios casos, los niños fueron salvados de morir de hambre gracias a que las mujeres esconden algún trozo de carne entre sus ropas.

Siguiendo los importantes aportes de Pratt, se puede afirmar que el imperio genera, además de relaciones sociales y económicas de dominación, significados en el terreno de la ciencia, el conocimiento y la cultura en general, con una ideología que lo sustenta y que construye “al resto del mundo” y hace inteligible la diversidad y el orden imperial mismo.<sup>16</sup> Los esquemas de clasificación resultantes se basan en la dicotomía civilización/barbarie, que la experiencia de las guerras Bóers viene a subvertir, con las mismas herramientas conceptuales, pues ahora los acusados de barbarie son los propios británicos.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 81

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 56

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 59

<sup>16</sup> Pratt, M. (2011). *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, op. cit., p. 49.



Esta fue una guerra que sorprendió a los contemporáneos por el carácter de sus contrincantes, dado que por primera vez se enfrentaban hombres blancos en territorio colonial; aunque también la población nativa tomó parte por ambos bandos, se trata ésta de una participación cuanto menos olvidada, o silenciada, dada la necesidad de unidad blanca y el relegamiento de los nativos, aún de su propia historia, que el sistema de apartheid impondría post victoria británica. Las agresiones registradas no se dispensaban sobre población negra sino sobre colonos hijos de holandeses, ambos contendientes eran tenidos por civilizados pueblos blancos. Sin embargo, el tono de los relatos de las mujeres bóeres cuando detallan el trato recibido de los militares británicos, que se sienten ultrajadas, como pobres bestias de carga, retoma esa dupla interpretativa a través de la cual ven el mundo circundante. Lo singular del caso es que ahora los bárbaros son los británicos. Al respecto, un oficial hace esta autocrítica:

que debamos forzar la rendición de nuestro enemigo matando de hambre a sus hijos y degradando a sus esposas e hijas, es sin duda un acto de barbarie del que no se puede culpar a ninguna nación europea, a excepción de los turcos, a finales del siglo XIX de la era cristiana.<sup>17</sup>

En el relato aparecen imágenes de soldados jugando tiro al blanco con las teclas de los pianos de cola. Ellas denuncian un trato brutal, impropio para mujeres blancas, dispensado por hombres que se suponía educados: *“Entonces, vinieron otros oficiales que eran muy incivilizados”* cuenta la joven Ellie Cronje, *“tomaban el carro, hacían todo tipo de preguntas tontas como si hacíamos algún tipo de trabajo, amenazaron con quemar la casa...”*<sup>18</sup> Se trata de “gente civilizada” y, como tal, un misionero reclama un trato

<sup>17</sup> *The Advocate of Peace* (1901). “Civilized Barbarism and Savagery”. Washington, March, vol. 63, N° 3, pp. 51-53, published by Sage Publications Inc. Disponible en: <http://jstore.org/stable/25751730/> [visitado octubre de 2017]

<sup>18</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 81.

acorde. Una joven cuenta que, una vez en su travesía en carro hacia la ciudad, son expuestas todo el día al sol, cosa por demás indecorosa para mujeres de clase acomodada. Las mujeres son trasladadas en vagonetas de tercera clase, lo que se sobreentiende insultante y por completo inapropiado para los cánones de feminidad de la época. Los soldados terminan acusados de cobardía por tomarla contra mujeres indefensas, en contraposición con la valentía de los bóeres que luchan por la libertad de su país. Una dama sostiene que *“Inglaterra firmó su sentencia a ser desplazada de las naciones honorables por el comportamiento mostrado en las repúblicas. Está en un punto de inflexión en su existencia política”*<sup>19</sup> Es claro que el cuestionamiento no es solo de índole política:

Soy sudafricana, de descendencia alemana y de hugonotes franceses y nunca he dejado mi país, pero mi educación e ideales están basados enteramente sobre cimientos ingleses. Juzguen ustedes lo que significa tener todo eso arrasadado. No solo están nuestros ojos abiertos a la actual política inglesa de injusticias sino que estamos obligados a correr el velo y ver los actos equivocados más antiguos, como los años de opresión de Irlanda.<sup>20</sup>

### **Sobre la naturaleza de las mujeres bóeres ¿prisioneras de guerra o refugiadas?**

Una vez probado el grado de sistematicidad de las acciones sobre la población indefensa, la cuestión de los campos de concentración dada a conocer por nuestra autora, provoca un verdadero escándalo que repercute en los debates parlamentarios durante 1901 y 1902, conduce al quiebre del partido liberal y lleva a preguntarse por la legitimidad de las motivaciones que impulsan tal política, pues la supuesta misión civilizatoria como

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 91.



idea-fuerza moral que anima al imperialismo y otorga justificación mundial al rol británico y le da un cierto sentido del deber, se ve en tela de juicio y, finalmente, por las concepciones femeninas que subyacen.

En primera instancia, hay que determinar qué se entiende por “población civil” pues se trata de un concepto que ha sufrido variaciones a lo largo de la historia<sup>21</sup>. Definida por la mencionada Convención de La Haya como la población no beligerante, se trata de una porción de población residual, los no soldados, que por lo tanto no están alcanzados por las reglas de la guerra que a aquella le preocupa determinar con claridad. Recién en la Convención de Civiles de Ginebra, en 1949, aparece una mención humanitaria en el ámbito de la jurisprudencia internacional en relación a los no beligerantes, como fruto de la reciente guerra mundial, por lo que se propone su protección para la prevención de excesos sobre una población caracterizada por su indefensión e inocencia<sup>22</sup>; luego, esto se amplía en los Protocolos Adicionales de 1977<sup>23</sup>. Nuestra autora parece adelantarse en el tiempo, pues aún con este giro humanitario lejos en el horizonte, centra su trabajo de concientización en esta concepción entonces novedosa de civil como inocente y, por tanto, merecedor de la protección internacional.

Sin embargo, en el contexto de una guerra irregular, las distinciones entre combatientes y no combatientes resultan borrosas pues los primeros

<sup>21</sup> Slim describe un completo derrotero acerca de este concepto y de la emergencia de una conciencia ética que impulsa su protección, a lo largo de la historia de la guerra en Occidente. Slim, H. (2003) “Why protect civilians? Innocence, immunity and enmity in war”, *International Affairs*, 79, 3, pp. 481-501.

<sup>22</sup> En este sentido es necesario aclarar que “Aunque los civiles no son siempre políticamente inocentes, son *siempre fundamentalmente inocentes en un sentido militar, ya que están desarmados y no son combatientes*”. Shaw, M. (2013), *¿Qué es el genocidio?*, Bs. As.: Ed. Prometeo, p. 197.

<sup>23</sup> Aunque la Convención de Génova no define el concepto de “civil”, sí lo hace el protocolo Adicional I que determina: “los principios de protección hacia la población civil inseparables del principio de diferenciación que debe realizarse entre militares y población civil”, según el Comentario a los Protocolos Adicionales del 8 de junio de 1977 a la Convención de Génova del 12 de agosto de 1949. Cit en Wallace, D. y Reeves, S. (2013). “The Law of Armed Conflict’s ‘Wicked’ Problem: Levée en Masse in Cyber Warfare”. *International Law Studies* vol. 89 (pp. 645-668). Newport, p. 655.

tienden a camuflarse con la población general que les puede brindar su apoyo, dado el alto grado de identificación nacional. Éste se ve reforzado por el marco de la colonización africana y estar rodeados de grupos étnicos considerados de alta peligrosidad por los blancos, que detentan una fuerte conjunción de elementos mesiánicos, lo que les permite mantener su cohesión a lo largo del tiempo en un ámbito de dispersión territorial. En la planificación británica predomina, entonces, la necesidad militar por sobre cualquier otra consideración. De hecho, Lord Kitchener manifiesta que los rebeldes obtienen apoyo, recursos y cuidados en los casos de heridos y enfermos, de la población civil, a la que pertenecen, de modo que la evacuación total del territorio es la forma de cortar los suministros a los bóeres para forzar así su rendición en una fase de guerra de desgaste:

Como le informara debido a la manera irregular en que usted ha conducido y continúa conduciendo las hostilidades, forzando a los pacíficos habitantes, en contra de su propio deseo, a alistarse en sus tropas -un proceder totalmente reñido con las autorizadas costumbres de la guerra- no me deja otra alternativa que tomar el repugnante y poco placentero paso de llevarme a las mujeres y los niños, le informa Lord Kitchener en febrero de 1901 al general Botha, Comandante general del Transvaal y el Estado Libre de Orange.<sup>24</sup>

La asistencia activa hacia las tropas en lucha les confiere a las mujeres el estatus de prisioneras de guerra y no de mera población civil vulnerable y, por ende, susceptible de encuadrarse bajo la categoría de refugiadas. De ahí, que la cuestión de la definición de su condición tiene implícita una serie de asunciones sobre la propia condición femenina<sup>25</sup> -marcada por su

<sup>24</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 100.

<sup>25</sup> Rayas Velasco desarrolla los supuestos que determinan la exclusión de las mujeres de los campos de batalla en un análisis de caso del movimiento armado de El Salvador en los años 80 y dice: “La exclusión de las mujeres de posiciones de combate dentro de la guerra obedece principalmente a la visión que se tiene de su cuerpo como uno cuya función primordial es la reproducción –por ende, la maternidad- y el servicio a los otros como extensión de la función materna. A las mujeres se las identifica con el hecho de dar vida –por ello se las protege- y no con el de quitarla. Por ello las mujeres trabajan en las guerras, de manera prioritaria, como sanadoras y cuidadoras. Desde este lugar es incon-



pasividad y vulnerabilidad- y ocasiona una serie de acalorados debates que gira en torno a qué significado se le otorga en el orden simbólico a las mujeres bóeres y, en definitiva, a la condición femenina o cómo se representan ellas mismas y cómo lo hace la sociedad británica, qué asociaciones se realizan en torno al ser mujer. En definitiva, ¿hay o no coincidencia de símbolos compartidos en relación a lo femenino?

Cuando una de las perjudicadas demanda saber los motivos de la quema sistemática de propiedades, el oficial inglés a cargo responde: *“Porque cuando todos ustedes sean pobres podremos comprar sus granjas por nada, entonces, sus maridos serán nuestros sirvientes y ustedes servirán a nuestras esposas”*<sup>26</sup>. Los móviles económicos y de demarcación de estatus social en una sociedad muy jerarquizada se mezclan entre los motivos posibles. Los rumores crecen, empieza a circular que se apoderan de las mujeres para colocarlas como prisioneras entre la tropa de modo de frenar los ataques bóeres; es decir, había una necesidad militar que lo justificaba. El Ministerio de Guerra - y la propia Hobhouse- optan por alegatos de corte humanitario: las deportaciones *“se hacen solo para su protegerlas tanto de las bandas de merodeadores bóeres como de los nativos”*.<sup>27</sup> Se apela a la retórica de la protección, dada la natural vulnerabilidad femenina, para justificar la política de desplazamientos y campos de refugiados pues se trata de mujeres blancas a merced de la crueldad de los nativos africanos, al fin de cuentas salvajes.<sup>28</sup> Los británicos utilizan a

cebible su participación como combatientes; sin embargo, han combatido, la mayoría de las veces, desde un lugar silenciado”. Rayas Velasco, L. (2003), *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México: El colegio de México, p. 23.

<sup>26</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell, op. cit.*, p. 59.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 95.

<sup>28</sup> Las pruebas documentales revelan que la gran mayoría de los muertos eran personas de color, entre ellos muchos civiles que son llevados a los campos de refugiados exclusivos para nativos africanos. También se ha corroborado que éstos pelean en ambos ejércitos, “casi siempre como carne de cañón”. Varela, H. (2009). “Sudáfrica a inicios del siglo XX: la posguerra sudafricana”. *Estudios de Asia y África* vol. XLIV, N° 3 (pp. 439-466). México, p. 444.



las fuerzas xhosas o cafres<sup>29</sup> para hostigar a los colonos: “Las hordas de cafres siempre formaban un flanco dentro de las fuerzas británicas y completaban el trabajo de destrucción dejado inconcluso por las tropas inglesas.”<sup>30</sup> Sin lugar a dudas, simpatiza con las mujeres blancas, de los sectores dirigentes sudafricanos, quienes ofrecen los testimonios de su obra, y se escandaliza de la política británica. Reproduce una carta de miembros del gobierno del Transvaal que relatan a Lord Salisbury:

Los cafres, habiéndose unido al enemigo, cruzaron la frontera occidental y cometieron asesinatos y crueldades ante las que incluso los soldados ingleses retrocederían. La consecuencia fue que gran parte de los distritos del norte y del occidente debieron ser abandonados por nosotros porque las mujeres y los niños estaban expuestos a morir asesinados en cualquier momento<sup>31</sup>

La tradición blanca de protegerse de la amenaza negra proseguiría durante el siglo XX.

### Los campos de refugiados

En el capítulo dos de la segunda parte se revelan los campos, visitados por la autora a partir de enero de 1901: Bloemfontein, Maritzburg, Johannesburg, Merebank y Pietermaritzburg, son los que se citan con mayor frecuencia. Ahí no solo hay población femenina, también hay bóeres hechos prisioneros de guerra luego de haberse rendido o tras ser heridos. En Pietermaritzburg existe un comité de damas que se encarga de la ropa y el calzado de esta gente que fue obligada a salir con lo puesto.

<sup>29</sup> Luego de una campaña de expulsión de los territorios fértiles hasta el otro lado del río Fish, en 1812, los xhosas que permanecen cerca lo hacen en tanto tribus aliadas, con jefes títeres de los británicos. Gott, R. (2014). *El Imperio Británico. Resistencia, Represión y Rebeliones. El otro lado de la Historia*, op. cit., pp.39-40.

<sup>30</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 80.

<sup>31</sup> *Ibid*, p. 80.





Nuevamente, lo que se resalta es la mujer solidaria, colaboradora, que se sensibiliza con los más castigados, en definitiva, el arquetipo femenino tradicional.

Las mujeres que llegan a estos campos son ubicadas en carpas, desprovistas de sus criados, lo que las obliga a realizar las tareas diarias por sí mismas, como recoger y picar leña, encender el fuego, cocinar a cielo abierto y lavarse la ropa. En muchos casos, se trata de las esposas e hijas de los altos mando bóer, acostumbradas a un modo de vida acomodado, propio de las clases altas, rodeadas de servidumbre nativa, en casas de confort al estilo europeo. La pertenencia de clase y etnia atraviesa y da un sentido especialmente ultrajante a la experiencia de estas mujeres<sup>32</sup>. M. Hertzog, esposa de un general bóer que más adelante sería jefe de gobierno, relata:

Nuestra comida, que era tan mala como las instalaciones, era preparada y distribuida por una clase inferior e insultante de refugiados de Johannesburgo, que nos daban alternativamente carne en conserva hervida y pescado salado agusanado que no tenían ningún escrúpulo en servirnos con sus propias manos<sup>33</sup>

Una de las cosas que más escandaliza es la falta de privacidad y que jóvenes y viejos sean ubicados juntos; Mrs. Botha señala: *“No necesito contarles cómo es la vida en un campo, ubicados con todas las clases y condiciones de personas en un mismo lugar; es demasiado duro de ser descripto a cualquiera. Yo nunca supe que la vida en una carpa podía ser tan difícil.”*<sup>34</sup> La privacidad del mundo familiar es un baluarte a defender por las mujeres bóeres, como lo era para las británicas, educadas en los valores victorianos.

<sup>32</sup> Al respecto McClintock es categórica: “Las mujeres blancas son tanto colonizadas como colonizadoras, ambigüamente cómplices en la historia de la desposesión africana”. McClintock, A. (1991). “No Longer in a Future Heaven: women and nationalism in South Africa”, *Transition, An International Review*, No. 51, enero, p. 110.

<sup>33</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 88.

<sup>34</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 90.

Por otro lado, esta comunión de gente genera un fortalecimiento de una identidad común, débil o inexistente hasta entonces pues la experiencia las provee de la certeza de un destino nacional en común: “... de cierta forma, me siento orgullosa de sufrir con mi gente, porque uno nunca puede simpatizar realmente con los demás hasta que es colocado bajo las mismas circunstancias y ahora, le aseguro, puedo simpatizar por completo con todos”.<sup>35</sup> Por este motivo algunos investigadores como McClintock<sup>36</sup> establecen el nacimiento del nacionalismo afrikáner justamente en este momento.

La ración diaria de alimentos consiste en pan, carne, azúcar y café. El agua y la leña deben buscársela solas. Las quejas al respecto son innumerables, por las inclemencias climáticas extremas a las que están sujetas, lo escaso del pan, la poca comida y la cantidad de gente enferma por las condiciones insalubres del agua. Un médico a cargo reporta la aparición de una forma de diarrea, así como malaria y fiebre, responsables de una enorme mortalidad infantil y de las parturientas<sup>37</sup>. El punto más fuerte de la argumentación de Hobhouse contra los campos de concentración es la descripción de la situación de los niños que son mayoría en la población concentracionaria. La descripción detallada de sus padecimientos y, sobre todo, sus múltiples enfermedades y el número enorme de decesos que se

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 66.

<sup>36</sup> En ese ensayo la autora analiza en clave de género el monumento erigido en honor de las mujeres víctimas de la guerra, el ‘Vrouemonument’, encarnación de la mujer-madre: “... en la iconografía del monumento, el status marcial de las mujeres como luchadoras y granjeras fue purgado de su indecoroso potencial bélico y reemplazado por la figura de la madre que se lamenta con su hijo en brazos (...) la memoria de los esfuerzos vitales realizados por ellas durante la guerra se quita con imágenes de femeninas lágrimas y pérdidas maternas”. Mc Clintock, A. (1991). “No Longer in a Future Heaven: women and nationalism in South Africa”, *Transition, An International Review* N° 51 (pp. 104-123). Indiana, p. 115.

<sup>37</sup> Se calcula que para 1901 un 12% de la población bóer había muerto. De ese porcentaje unas 26.000 mujeres y niños lo hicieron víctimas del hambre y las enfermedades de los campos. Riveros Vera, A. (2014). “Del colonialismo a la Primera Guerra Mundial. Desestructuración de los pueblos de África”. *Revista Graña* vol.11, N° 2 (pp. 44-68). Colombia.



registra dejaba atónito al público británico, siempre atendiendo a que, en definitiva, son blancos:

una chica de veintiún años moribunda en una camilla, el padre, un gran y gentil bóer arrodillando junto a ella, mientras en la tienda próxima, su mujer miraba un niño de seis, también muriendo, y uno de aproximadamente cinco años cayendo enfermo. Esta pareja había perdido tres niños en el hospital...No puedo describir lo que es ver a estos niños postrados en un estado de derrumbamiento. Son como flores mustias arrancadas de raíz. Y uno tiene que pararse y mirar tal miseria<sup>38</sup>

Esto fue reforzado con cientos de fotografías que iniciaron un largo -y lamentable- recorrido en todo el siglo XX: el retrato del drama de los refugiados. La más conocida de ellas, retrata a la niña Lizzy Van Zyl, hija de un importante militar bóer, quien es tratada con mayor crueldad, todavía, por ello y cuya imagen en un estado de desnutrición extremo, recorre los periódicos del mundo.

Por su parte, las autoridades de los campos se quejan que el servicio ferroviario no avisa cuando llegan los nuevos contingentes de refugiados de modo que estos se ven obligados a esperar durante horas en las estaciones a que alguien dispusiera de ellos. Esto muestra el grado de improvisación del sistema de campos que sería tristemente subsanada por Alemania unos cuarenta años después.

Algunas mujeres reclaman la intervención de la reina que, en tanto mujer, no puede permanecer indiferente a tanto sufrimiento infligido sobre otras congéneres, aunque fueran bóeres. Mrs. Hurdus manifiesta:

“Estas almas sencillas no saben que nuestra reina no gobierna y que la verdadera situación nunca llega a sus oídos. También creo que, si la reina fuera capaz de ver y escuchar lo que aquí sucede, actuaría con justicia, aún a costa de perder fama y honores mundiales.”<sup>39</sup>

<sup>38</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 128.

<sup>39</sup> Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, op. cit., p. 78.



La discusión sobre la pertinencia de los campos estaba generizada; no se trataba de un medio políticamente contraproducente o moralmente infame, sino que la reina no podía desoír un llamado de clemencia, aún de justicia, pues sería contraria a su naturaleza femenina.

## Conclusiones

La autora narra, en algún momento, bajo qué circunstancias decide emprender su viaje a los territorios sudafricanos en enero de 1901, para involucrarse personalmente en la campaña de ayuda humanitaria, rol femenino por excelencia. Su primer intento por organizar un comité de socorro para las mujeres y niños desplazados fue un completo fracaso debido al clima agresivo, de chauvinismo imperante en gran Bretaña<sup>40</sup> que alcanza su pico durante este conflicto. Por eso, ella enfrenta una serie de inconvenientes y en forma permanente la hostilidad oficial, que intenta evitar que sus testimonios respecto de la existencia de campos de concentración para la población civil sean divulgados; es vigilada por las autoridades británicas, a quienes se les elevan reportes regulares sobre todas sus actividades, se le prohíbe la entrada a territorios coloniales y termina deportada, lo que demuestra su carácter amenazante. Aún así, en junio de 1901

<sup>40</sup> Para 1901 las posturas contrarias a la guerra, aunque de múltiples grupos, eran minoritarias. La carrera imperialista contaba con sólidas bases y sostenedores, como las iglesias, comprometidas de lleno con las actividades misioneras y el propio movimiento feminista, que se divide entre las partidarias del Imperio, como la famosa militante Josephine Butler, y las pacifistas e internacionalistas. Para un *racconto* detallado de la opinión pública británica, así como los debates surgidos una vez conocidos los hechos que Hobhouse relata, Cfr. Krebs, P. (1992), *Gender, race and the Writing of Empire. Public discourse and the Boer War, op. cit.*; Krebs, P. (1992), “‘The Last of the Gentlemen’s War’: Women in the Boer War Concentration Camp Controversy” en *History Workshop Journal*, Issue 33, Oxford University Press, pp. 38-56; Seibold, B. (2011). *Emily Hobhouse and the Reports on the Concentration Camps During the Boer War (1899-1902). Two Different Perspectives*, Stuttgart, Germany.



se publica su informe para la Fundación, base testimonial de este artículo, en donde realiza una serie de críticas a las políticas coloniales del gobierno conservador de Lord Salisbury, el Ministerio de Asuntos Coloniales de Chamberlain y el de Guerra y las expone para conocimiento del público británico. Dada la relevancia que, para fines del siglo XIX, tenía la opinión pública británica, construida en torno a las publicaciones periódicas, su informe –aparecido en forma de reportes regulares en la prensa que había asumido una postura opuesta a la guerra, como el *Manchester Guardian* – tiene la responsabilidad de trocar el clima triunfalista y de fervor masivo en pro del imperialismo en cuestionamientos y duras críticas.<sup>41</sup> La respuesta oficial es el reporte confeccionado por otra militante por los derechos de las mujeres, Millicent Garrett Fawcett, y su Comisión de Damas, escrito en diciembre de 1901 y publicado en 1902. Se materializó así, una profunda división en el movimiento de mujeres, entre las que apoyan las empresas imperialistas, y las guerras que traen consigo, y las que condenan la opresión en todas sus formas.

Retomando los interrogantes realizados oportunamente, creemos que Hobhouse a lo largo de su pormenorizado relato, construye un arquetipo femenino en nada reñido con el tradicional, aunque ella misma no fuera una mujer tradicional, integrante de un sector de privilegio en el espacio colonial -blanca, propietaria, educada y madre- el tropo de la nación y la ciudadana deseable en tanto ciudadana-madre, que lo pierde todo y sufre el confinamiento en los campos de refugiados y las pérdidas familiares con

<sup>41</sup> Previamente, en el Parlamento se había informado alguna vez del traslado de mujeres y niños bóeres a estos campos por considerar que espían y dan información a los enemigos, lo que es recibido con varias intervenciones contrarias a esta estrategia, por ejemplo, el parlamentario irlandés John Dillon pregunta: “Qué gobierno civilizado había deportado mujeres? ¿Habían llegado a esto, que el Imperio temiera a las mujeres?” el escándalo fue tal que se decidió omitir cualquier referencia a las prisioneras y sus familias hasta la aparición del informe de Hobhouse. Krebs, P. (1999). *Gender, race and the Writing of Empire. Public discourse and the Boer War*. UK: Cambridge University press, p. 15.



estoicismo. Son sujetos por completo pasivos, aunque valientes y dignos, cuya talla moral está probada por los múltiples pesares que debe soportar, que necesitan del auxilio del mundo civilizado, una reedición de la princesa en la torre, asediada y rescatada por su caballero.

Hobhouse, en definitiva, retoma el arquetipo femenino tradicional basada en la indefensión absoluta -a pesar de que la evidencia histórica las muestra participando activamente en el frente de batalla, luchando en las trincheras junto a sus maridos, sirviendo como espías, etc- y en torno la imagen consagrada de heroínas sufrientes trabaja para sensibilizar a la opinión pública internacional sobre los deberes que el mundo civilizado tiene para con los indefensos en todo conflicto bélico, adelantándose en este aspecto en varias décadas a la sensibilidad general sobre el concepto de “población civil”, que se establecerá recién después de la segunda posguerra. “la idea de lo civil” dice Slim (2003: 482), “puede ser muy difícil de sostener en la práctica, pero es una idea de profunda importancia moral que necesita de defensores en todo momento en que haya situaciones de conflicto. Nunca puede confiarse como dada”. Por ello, su aporte en el despertar de la conciencia pública internacional y especialmente en la británica, es invaluable.

## Bibliografía

Boehmer, E., (1999), “A War of White Savages, and Other Stories: Introduction” en *Kunapipi. Journal of Post-colonial Writing*, vol.21, (3) (pp. vii-xiv). Australia. The Advocate of Peace (1901). “Civilized Barbarism and Savagery”. Washington, March, vol. 63, N° 3, pp. 51-53, published by Sage Publications Inc. Disponible en: <http://jstore.org/stable/25751730/> [visitado octubre de 2017]



Gott, R. (2014). *El Imperio Británico. Resistencia, Represión y Rebeliones. El otro lado de la Historia*. Bs. As.: Capital Intelectual.

Krebs, P., (1992), “‘The Last of the Gentlemen’s War’: Women in the Boer War Concentration Camp Controversy”. *History Workshop Journal*, Issue 33 (pp. 38-5). Oxford.

Krebs, P. (1999). *Gender, race and the Writing of Empire. Public discourse and the Boer War*. UK: Cambridge University press.

Hall, C. y Rose, S. (2006). *At home with the Empire*. UK: Cambridge University Press.

Hobhouse, E. (1902). *The Brunt of the War and where it fell*, London, Methuen & Co.

McClintock, A. (1991). “No Longer in a Future Heaven: women and nationalism in South Africa”. *Transition, An International Review*, No. 51 (pp. 104-123). Indiana.

Midgley, C. (2006). “Bringing the Empire Home: women activist in imperial Britain, 1790-1930” en HALL, Catherine y Sonya Rose, *At Home with the Empire* (pp. 230-250UK). Cambridge University Press

Morgan, K., (2002), “The Boer War and the Media (1899-1902)” *Twentieth Century British History*, vol.13, (1) (pp.1-16). Oxford.

Nym Mayhall, L. (2003). *The Militant Suffrage Movement. Citizenship and Resistance in Britain, 1860-1930*. New York: Oxford University Press.

Pratt, M. (2011). *Ojos Imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bs. As.: F.C.E.

Rayas Velasco, L. (2003). *Armadas. Un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México: El colegio de México.

Riveros Vera, A. (2014). “Del colonialismo a la Primera Guerra Mundial. Desestructuración de los pueblos de África” en *Revista Grafía* vol.11, N° 2 (pp. 44-68). Colombia.

Shaw, M. (2013). *¿Qué es el genocidio?* Bs. As.: Ed. Prometeo.



Slim, H. (2003). "Why protect civilians? Innocence, immunity and enmity in war". *International Affairs*, vol. 79 (3) (pp. 481-501). Oxford.

Seibold, B. (2011). *Emily Hobhouse and the Reports on the Concentration Camps During the Boer War (1899-1902). Two Different Perspectives*. Stuttgart: Ibídem.

Varela, H. (2009). "Sudáfrica a inicios del siglo XX: la posguerra sudáfrica". *Estudios de Asia y África*, vol. XLIV, N° 3 (pp. 439-466). México.

Wallace, D. y Reeves, S. (2013). "The Law of Armed Conflict's 'Wicked' Problem: Levée en Masse in Cyber Warfare". *International Law Studies* vol. 89 (pp. 645-668). Newport.

